
PUERTO RICO ANTE EL 98, VISTO DESDE ESPAÑA

JUAN GABRIEL VÁZQUEZ GONZÁLEZ

El principal medio de conservación de la cultura de un pueblo es su lenguaje, que permite a cada sociedad su particular interpretación y creación de la realidad.

La imposición forzosa de una lengua por parte de la comunidad vencedora conlleva drásticas consecuencias para la sojuzgada: el sometimiento lingüístico implica la pérdida de su identidad cultural, de las normas y costumbres ancestrales. Siguiendo con el símil de la batalla, la noción de “victoria” no codifica la misma realidad en el término anglosajón *sige* que en su sucesor románico, *victorie*, usado por los conquistadores normandos en inglés medieval.

Sin embargo, algunas veces la comunidad resiste, o bien el alcance de la lengua victoriosa es limitado –generalmente a la élite gobernante, y esto permite a la comunidad lingüística tradicional pervivir. Pero esta continuidad requiere adaptación a la nueva situación, para lo cual el pueblo sometido alterará –si es preciso– incluso sus hábitos lingüísticos. A modo de ejemplo de situación antitética a la sufrida por nuestro país caribeño, se podría mencionar de pasada el proceso de intensa romanización (principalmente léxica pero también morfosintáctica) en fase medieval de la hasta entonces cuasi-prístina lengua germánica que era el anglosajón.

Pero la situación histórica ha cambiado con respecto a Puerto Rico, nación y cultura iberoamericana situada en la encrucijada, ante varios caminos posibles. Ahora se trata del peligro de anglicanización de una lengua románica, el español, por parte de otra que hunde sus orígenes en la Germania descrita por Tácito.

Se puede observar una de las posibilidades futuras echando la vista atrás, una vez más: el caso de otro país que sufrió también los efectos de la caída de los últimos restos del otrora lustroso imperio español, Filipinas. Ésta también se ha visto sometida a una política de inmersión lingüística al inglés. El resultado ha sido la adopción del mismo como primer idioma de la nación. Las causas de este resultado, tan contrario a la situación actual en Puerto Rico, pueden estar en la lejanía de estas islas del mundo hispano y en la realidad plurilingüística de este

archipiélago, que quizás hace necesaria la adopción de una especie de lengua oficial al estilo de la *coiné* griega.

Por contra, Puerto Rico no puede dejar de ser hispanoamericana por su contexto histórico-geográfico. Pero su status oficial como estado libre asociado y su dependencia socioeconómica de los EE.UU. introducen serios correctores. Los peligros que afronta ésta se suscriben a la influencia de un fortísimo sustrato léxico de naturaleza inglesa o incluso a la posibilidad de una futura lengua *creole*, aunque esto se nos antoja ciertamente remoto.

Y, sin embargo, Puerto Rico ha sabido salvaguardar su lengua y cultura hispanas, pese a los enormes esfuerzos realizados por la administración central norteamericana en el sentido contrario, llevando a cabo una política de choque de inmersión lingüística. Lo que bien se podría denominar como *síndrome del Maine* sigue vigente hoy en día, un siglo después: ¿acaso no han sido los puertorriqueños los causantes de un segundo hundimiento –simbólico– de este navío casi un siglo después? Y se ha conseguido gracias a su fidelidad a la lengua española, sempiterna guardiana de su cultura.

En este contexto, la figura de Ramón Darío Molinary se engrandece por momentos, y se nos antoja de naturaleza proteica, producto de una particularísima mixtura de guerrero nativo autóctono y Don Quijote, vigilando desde cerca unos molinos de alta tecnología. Como director del *CAPRE*, fomenta la publicación de numerosas obras de valor indiscutible, de las que esta presente publicación (miscelánea de artículos reflejo de toda una *weltanschaaung* hispano-isleña) es un más que digno ejemplo.

La *Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles, Artes de Córdoba*, ya ha tenido el honor de conocer de primera mano y gracias a una conferencia realizada en esta noble institución (que gratamente observamos publicada en este volumen) tanto la problemática actual de Puerto Rico como su activa labor al frente de la Casa de Puerto Rico en España. Nos congratulamos por ello y no podemos por más que alabar su ímprobo esfuerzo en pro de la defensa del castellano y congratularnos al contemplar esta publicación.

CÓRDOBA EN LA MIRADA, de varios autores

ANTONIO MORENO AYORA

Fue un acierto publicar la pasada primavera –como si esto fuera ya un símbolo indudable de esperanza y nacimiento– esta antología de relatos titulada *Córdoba en la mirada*, en la mirada de siete narradores jóvenes por su impulso creador y por la capacidad de llegar a sorprender enhebrando historia y sentimiento de su palabra. La edición de los textos (Madrid, Huerca & Fierro Editores, 1996), catorce en total y dos por cada autor, ha sido primorosamente atendida: en la cubierta, un estilizado arco de herradura con simbólicas dovelas de libro; en la contracubierta, una foto de los siete escritores, congregados en un ambiente de patio cordobés, y en el interior, precediendo a cada pareja de relatos, otra fotografía individual del autor correspondiente cuyo perfil literario se esboza en breves líneas.

Tras la presentación que hace Antonio Hernández, que se asombra por estar ante “el posible inicio de una, hasta ahora inédita, tradición literaria cordobesa, la del relato breve”, el lector queda atrapado, poco a poco y consentidamente, en la trama de estos cuentos tan intensos como breves y humanos, que acaban siendo una sutil tela de araña a cuyos hilos irremediamente se entrega la voluntad y el interés.

El estilo del primer antologado, F. Benítez, se caracteriza por la lentitud narrativa y por la exposición concatenada de las acciones, cuyo fondo trasluce un halo misterioso que va envolviendo a cada instante el pensamiento de los protagonistas. Su prosa contrasta claramente con la de Campos Reina, veterano artífice de una escritura fluida y de sintaxis bien articulada que se muestra en dos historias en las que salta siempre una chispa insólita que no puede calificarse de imposible. Porque nada está más lejos de la materia narrada que esta antología que la imposibilidad: las historias sencillas y reales elegidas a continuación por Francisco A. Carrasco avalan este aserto, sumando pasajes que recuerdan el mundo rural de Delibes a otros de clara y tierna denuncia social. A la ambientación cordobesa, perceptible anteriormente en las páginas de Campos Reina, remite ahora Carrasco

de manera implícita, y tras él, nuevamente, Alejandro López Andrada, forjador de imágenes luminosamente poéticas (el silencio “dejaba sobre los tejados un fulgor de nada”) y de recuerdos inmarcesibles escondidos en dos emigrantes que vuelven a su pasado o lo toman como referencia mental; por fin, el lector es también cómplice en una involución inevitable de la memoria. Y junto a esa melancolía de los recuerdos, el posibilismo insólito de la realidad, representado ahora por la escritura flexible y rápida de A. Rodríguez Jiménez, cuyo segundo relato (*Un amor mecánico*) aborda una historia muy real que descubre el apego del corazón humano a los objetos más cotidianos con los que se relaciona, y todo ello simbolizado en un coche al que el protagonista “amaba más que a muchas personas”. Aunque en esta antología quien mejor habla de amor, con un lenguaje actual, bien madurado y dinámico, es María Rosal Nadales, cuyo segundo relato (*Mesa para dos*) es la historia de un hombre que vive pendiente de una llamada de teléfono y, para atenderlo, abandona su actividad social, profesional e incluso sus necesidades más personales; al final, todo parece la metáfora de muchas verdades: del amor obsesivo, de la necesidad de comunicación, del intimismo desbordante. Y si es sorprendente la prosa de esta autora, al final del libro de calidad literaria de Antonio Varo Pineda lleva a considerarlo, al mismo tiempo, como un novel y experto narrador. Su estilo aporta perfección sintáctica, continua invención e interés argumental en cada párrafo, sin que deban desdeñarse ciertos evidentes reflejos culturalistas.

De estos siete narradores, algunos de ellos hacen honor especial al título de la antología al recoger ambientes y referencias geográficas inconfundiblemente cordobeses. Así, los topónimos localistas de Rodríguez Jiménez se mezclan con las alusiones a la campiña surcordobesa de Campos Reina, o con la recreación literaria de puntos geográficos norteños perceptible en Carrasco o en López Andrada. Córdoba se configura así como un espacio literario que no deja de ser mirado por los narradores que la inventan en su ficción. Sin duda, la de esta antología será una lectura incipiente, porque acaba de empezar, pero seguramente muchos lectores sentirán también el deseo de prolongarla y de estar atentos al ineludible futuro creador de cada uno de estos escritores.

DE CIVILIZACIÓN ÁRABO-ISLÁMICA, de Francisco Vidal Castro (ed.)

ANTONIO ARJONA CASTRO
ACADÉMICO NUMERARIO

Conferencias árabo-islámicas del ciclo celebrado en la Universidad de Jaén (enero 1995). Area de Estudios Árabes e Islámicos. Grupo de Investigación "Andalucía y sus relaciones con el Magreb", 174 pp.

El presente volumen contiene en primer lugar una Introducción de Francisco Vidal Castro, en el que el editor manifiesta la doble justificación académica y divulgativa de la obra para lograr un estudio lingüístico de la lengua árabe en la sociedad y mundo a que pertenecen.

La primera parte de la obra está dedicada a la presencia islámica en nuestro país con la conferencia de la Profesora María Jesús Viguera Molins, Catedrática de Filología Árabe de la Universidad Complutense de Madrid, sobre la presencia historiográfica de al-Andalus. Distingue cuatro etapas:

1. Islam como poder político en la Península Ibérica (siglos VIII-XV) en el que el concepto de "reconquista" predomina en la historiografía oficial.

2. El Islam sin poder político (siglos XVI y XVII). En esta etapa predomina el problema mudéjar y morisco.

3. Prácticamente inexistencia de musulmanes en la Península (siglo XVIII-segunda mitad siglo XX). Pobre historiografía que comprende desde Caisiri hasta el nacimiento de la Escuela de Arabistas Españoles (Gayangos, Codera, Ribera Asín...) pasando por una visión "nacional-católica" del enfrentamiento de cristianos y musulmanes (Simonet). Como epílogo la Profesora Viguera aborda las nuevas concepciones del arabismo español: arqueología y sociología.

4. Presencia de musulmanes nacionales y extranjeros. En esta última etapa destacan en la disputa Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro y un amplio abanico de Centros y Cátedras de Estudios Árabes en la España actual.

Enlaza este apartado con el siguiente:

Libro con referencias sobre al-Andalus publicados en España: 1970-1990. Trabajo realizado por Francisco Vidal Castro y María Jesús Viguera.

Trae una lista ordenadamente por años y dentro de cada año por orden alfabético, de los libros que tratan de un tema de al-Andalus publicados dentro de esas fechas. Una segunda parte de este volumen trata de aspectos modernos del mundo islámico. El doctor López García aborda el candente problema de las inmigraciones magrebíes a España y en especial a la provincia de Jaén y Andalucía como trabajadores agrícolas. El título es algo popular: "*Marroquíes de Jaén (aceituneros altivos (Jaén y Andalucía en las migraciones marroquíes a Europa))*". Estudia el origen geográfico de estos emigrantes, su perfil demográfico y su calificación laboral entre otros aspectos sociales de este fenómeno inmigratorio.

El Profesor Pedro Martínez Montávez tiene un trabajo que plasma el tema de su conferencia dictada en la Universidad de Jaén, sobre *¿El último capítulo del conflicto árabe-israelí?*. Con su habitual maestría aborda las claves históricas del largo conflicto hebreo palestino, señalando los numerosos factores históricos, políticos y religiosos que mantiene dicho conflicto desde hace varias décadas como fruto de la descolonización del Imperio Otomano. Subraya la luz que se abre en el largo túnel de la guerra con el actual acuerdo palestino-israelí de paz.

La doctora Bravo Villasante aborda el interesante tema del "*El fundamentalismo islámico*", aclarando conceptos islámicos sobre dicho tema de tanta actualidad y tan mal comprendidos por ciertos sectores de las sociedades occidentales. Considera fundamental conocer la dinámica interna del Islam, su eterno conflicto de "reformismo" e inmovilismo y el modelo histórico de sociedades que constituye la comunidad musulmana.

Felicitemos al Dr. Francisco Vidal Castro como editor de dichas conferencias y estudios y le animamos a continuar por la senda emprendida.

“EL CRISTAL Y LA LLAMA, DE MANUEL GAHETE O ANTOLOGÍA DE UNA OPERA APERTA”

MARÍA JOSÉ PORRO HERRERA
ACADÉMICA NUMERARIA

Manuel Gahete, el autor, no se resiste a dejar que esta obra suya, producto de largo proceso de selección y depuración, se presente de forma autónoma a los lectores y toma el testigo para hacerlo desde las primeras páginas, si bien ha huido de la retórica clásica con que Antonio de Villegas presentaba en 1565 su *Inventario* cuando decía:

Ve con Dios, hijo querido,
cargado de mis hazañas,
con mil dolores parido,
salido de mis entrañas,
engendrado en mi sentido.

Pero como padre responsable, ha creído su deber justificar la aparición en una “Nota del autor” que, tras una cita de Valle Inclán, encabeza la obra. Esta “Nota” es un compendio, un resumen, confesión de parte, de lo que significa el conjunto de poemas que componen *El cristal y la llama*, título del libro que aquí presentamos. Y ante título tan pletórico de resonancias simbólicas nos asalta la razonable duda de si la presentación que me ha sido encomendada debería transcurrir por los caminos de la crítica academicista o por los de la creación poética, ambos convenientes al autor en su doble condición de poeta y profesor. Y ante dilema semejante, en parte excusada por los textos introductorios que Leopoldo de Luis y Juan Tena han escrito para este libro, excelente representación de ambas modalidades, me he atrevido a optar por una tercera vía: la de la amistad que me une a Manuel Gahete y lo que sus versos suscitan en un lector concreto: quien les habla en este caso. El poeta bien lo advierte: su libro es una criatura viva, en desarrollo y pleno crecimiento: no se la tome, pues, como final de etapa, testamento poético o legado cerrado, antes bien, creo que ha de interpretarse como la toma de conciencia, la reflexión serena ante una experiencia poética plenamente vivida, jalonada de obras anteriores conocidas por sus lectores y que han contribuido a formar el

germen que fructificaría en *El cristal y la llama*. (*Antología abierta* 1980-1995). Y nos preguntamos:

¿Se escriben antologías para rescatar lo más sobresaliente de una obra? ¿se editan para ofrecer un elenco de textos y así “cumplir” con el autor o autores antologados, ¿se leen para adquirir un barniz que obvие el trabajo de conocer la obra completa y encubra una ignorancia frívolamente satisfecha?. Respondan a cada interrogante los diversos elementos implicados en el acto de la comunicación y atengámonos al libro de Manuel Gahete que en el subtítulo explícita algunas de ellas: recopilación de lo anterior –*Antología*– y proyección de futuro –*abierta*–. Dos nombres provenientes de campos distintos, pero unidos en su común amor a la palabra, vienen a mi recuerdo: Juan Ramón Jiménez y sus *Antologías* y Umberto Eco con su *Opera aperta*; antologías que modifican, retocan, recomponen y dan testimonio de una constante lucha por alcanzar la perfección, por explicitar en cada momento el auténtico sentir poético de su autor ante los mundos que constituyen la fuente de su poesía, de la necesidad de dar a la luz, de mostrar sus nuevas preocupaciones, la imagen perseguida, el vocablo apresado. Los comentaristas de la poesía de Gahete ponen de relieve la calidad de su lenguaje: “el fulgor de sus palabras”, dice Leopoldo de Luis; “orgía del sentimiento en la palabra exacta” añade Juan Tena. Y porque sus palabras no sólo brillan, sino que también “dicen”, es por lo que el valor de este poemario alcanza cotas significativas. Y en ese “decir” entra la calidad de *abierta* ¿para quién?, ¿para qué?. Especialmente para su autor que sabe que vendrán otros poemas, otros libros en los que quizá cante temas no tocados hasta el momento, o quizá sean los mismos, pero ya la voz será distinta, será otra, porque otra habrá sido la circunstancia que los motive.

Reúne *El cristal y la llama* poemas de publicaciones anteriores cuyos nombres se respetan a modo de capítulos en el libro, a los que el autor ha añadido otros creados para la ocasión. Cada uno de ellos se articula en torno a un tema principal: soledad del hombre en *Credo en soledad*; vida/muerte en *Vocación de ser*; fe agónica en *Tacto invisible*, amor en *Razón de la alegría* y otros hombres en *Habitante del fuego*. Es el hombre el centro de todo el libro: sentimientos y actitudes los matizan, de aquí que pueda hablarse de una “poesía de la experiencia” siempre que no se tome como marbete limitador que encasille al autor en una determinada escuela, porque si de algo puede tildarse al creador de estos poemas es de poseer un afán de trascendencia, de transmisión de un universo propio que se apoya en un conocimiento de las formas retóricas, un gran sentido del ritmo poético, un caudal de lecturas y una sensibilidad poética tales que le permiten librarse de escuelas y camarillas, todo ello sin rehuir la siempre espinosa cuestión de las “fuentes”, antes bien, rindiendo claro y expreso tributo a todas y cada una de ellas: intertextualidad que se expone a la vista de todos, jardín espigado del que se considera afortunado jardinero.

Gahete ha procurado huir en sus poemas de los arquetipos y los tópicos. Vida, muerte, soledad, amor... pueblan sus versos a la vez que desarrollan y dan concreción a su universo poético. Podría argüirse que se trata la suya de una poesía vital que el autor ha logrado comunicar de forma honda y apasionada buscando la palabra exacta, arriesgando en algún momento la facilidad de la comunicación,

pero en poesía el misterio y la sugerencia son siempre un valor añadido y Manuel Gahete ha resultado ser discípulo señero de los grandes maestros, véase si no cuántas resonancias simbólicas encierra el título donde *crystal* aúna espíritu e intelecto, sentimiento y razón y *llama* remite a trascendencia. Místicos y surrealistas hicieron suya la simbología del cristal y valoraron el estado de transparencia como una de las más bellas conjunciones de contrarios; llama de amor viva hiere a San Juan de la Cruz y por ella asciende al éxtasis divino. Poeta del fuego y del cristal, calor y frío, razón escrutadora e irracionalidad apasionada, inevitables contrarios. Si se muestra buen conocedor de los recursos clásicos –metáforas, aliteraciones, gradaciones, antítesis...– no lo es menos de los propios de la poesía contemporánea –enumeraciones caóticas, imágenes visionarias, ruptura de sistemas, irracionalismo lógico...–.

Conocedor consciente de su universo poético, no resulta reiterativo. En esta *Antología* puede el lector avisado detectar una cierta ordenación más que evolución en cuanto a los materiales poéticos utilizados. Puede decirse que *Credo en soledad*, al presentar una temática menos unificada que los otros libros, ofrece una mayor libertad no sólo de formas estróficas sino de fuentes de inspiración; muchas de las claves léxicas que se repetirán en estos libros aparecen ya en éste: pájaros alados, elementos de la naturaleza en libertad, valor creador de la palabra... se convertirán en elementos referenciales, guiños convenidos para los “*dejà connaisseurs*” de su poesía. No se trata de un libro redactado a golpes o vaivenes del sentimiento: la voluntariedad de la palabra en libertad abarcadora del mundo con que arranca el primer poema –“Quiero decir...”– puede interpretarse como la exposición de la poética personal que va a presidir el libro: tendrá en él cabida el yo que descubre el mundo y se encuentra solo “como si de repente la luz que ilumina mis ojos se durmiera, / me descubrí. Era solo:”–; aceptará también la experiencia amorosa desde diversas perspectivas: amor iniciático de adolescencia, siervo no libre de amor de juventud, el primer desencanto, amor bufón, envilecido, entre “hembra luzbel” y “varón babel” de donde la experiencia sale derrotada (p. 44), y llega a estarse al borde de la destrucción (p. 45).

La infinitud del hombre frente a la plenitud del universo acentuarán el sentimiento de soledad que amenaza incluso a la posibilidad de expresarse: “secó mi lengua / la estéril soledad”. “Judas” quizá sea el poema que con más brío encarna esta idea: el silencio, la ausencia de palabras marcarán el clímax trágico.

La riqueza estrófica y las lecturas y afinidades literarias que se vislumbran en este libro caminan a la par: Bécquer, Neruda, Machado, Gerardo Diego, Juan Ramón... y sobre todos ellos, el revoloteo de innumerables pájaros, unas veces palomas, otras golondrinas, ora vencidos, ora extraviados, pájaros sabulosos... pájaros como símbolo de plenitud:

¡Qué sínodo de pájaros en llama
 crepita en la catarsis de los árboles!
 Hombre-pájaro en libertad:
 ¡Ven que vivo en las alas de un pájaro sin muros!.

Mayor definición temática guardan los otros poemarios, más coherentes también en la correlación materia / forma poética. Se han adensado las imágenes sin

que el vigor neorromántico de las mismas haya decaído: si los reflexivos tonos quevedianos, los arrebatos místicos o los sentenciosos a lo Fernández de Andrada conviven con los agónicos unamunianos o los desgarrados a lo Blas de Otero en el *Tacto invisible*, no podemos dejar de “tras-oir” la voz de Juan Ramón Jiménez en el renuente voluntarismo de *Vocación de ser*, al igual que en *Razón de la alegría* se vislumbra la serena pasión stilnovista –“Luz en el vacío”–, la precisa y antitética metafísica amorosa herreriana –“Crepitación”– o el sutil y quevedesco viajero alígero “del polvo al polvo, en vuelo enamorado” (“Aquiescencia”). Otros grandes poetas amadores han precedido los versos de *El cristal y la llama* y como en ellos, Gahete modula su pluma ya romántica –“Hoy”–, ya aleixandrina –“Cuando ofrenda la vida su voz a lo debido”–, siempre dispuesta a “arder, arder y ser eterna rama”.

Ha variado el registro poético en *Vocación de ser*: la densidad de los planteamientos temáticos han crecido; la retórica y la métrica, también. Sigue haciéndose presente el soneto, pero el verso libre le hace competencia y no rehuye ciertos experimentalismos vanguardistas, apenas caligramas, donde se trasluce el Gerardo Diego de “Columpio” o “Ángelus”. El poeta reafirma su voluntad de existencia desde el primer momento de su nacimiento a la vida –“Manuel”–. Busca incansable un lugar y camina por ciudades en busca de la esencia poética: el poso de la poesía juanramoniana se hace evidente. Del onubense ha sido contagiado en su fe en la palabra como esencia del mundo y la identidad poeta/Dios en cuanto creadores:

Sólo el mar sabe el nombre
el nombre que me callo
el nombre de las cosas sencillas
que no vuelven.

Poeta / Dios / mar, infinidad lograda, cercanía del éxtasis, preciosismo intocable –“Universo cerrado”–. Nos encontramos ante un libro exultante donde la muerte, si bien en tonos quevedianos premonitorios de su siguiente libro, no es más que un motivo literario, bien sea de nuevo a la sombra de Juan Ramón aunque presida una cita de Ricardo Molina –“Nadie es”–, bien bajo el “Planto” de Pleberio por su hija Melibea, aunque, frente a la inmediatez de éste, se perciba el distanciamiento reflexivo del “siempre creí que el mundo era yo mismo”, endecasílabo que transparenta la actitud barojiana de *Juventud, egolatría*, reproducida según creo también sólo literariamente en el poema que comienza “No presentí la muerte. Era tan joven”.

La voluntad de reafirmación va a revestirse poéticamente de una imagería que abandona la calidad volátil de los pájaros para reafirmarse en la tierra: no se busque el paisaje como “locus amoenus” ni el correlato anímico que los románticos le imprimían en sus composiciones; más bien ha pesado aquí la fuerza telúrica que arrebató a Neruda, ahora engastada al propio sustrato geográfico que vio nacer al poeta: gemas, plantas y tierras mineralizadas, las mismas que animan las esculturas de Aurelio Teno. modelan estos poemas –“Alas de sangre”– imprimiéndoles calidad de tacto, dando volumen a lo que comenzó siendo palabra.

El tacto invisible retoma un tema clásico: vida / muerte, eternos enemigos, son su eje poético. La rotundidad del soneto, la imagería ora gradativa, ora antitética

quevediana nos aproxima a los tonos pesimistas, sentenciosos o arrebatados que leímos en nuestros clásicos: místicos –“Estado”–, Fernández de Andrada –“Dulce y amarga luz”–. Pero cada uno es hijo de su tiempo y Manuel Gahete sabe también de la terrible duda existencial que movió la pluma agónica de Unamuno –“Vértigo”– y el desarraigo de Blas de Otero; como ellos, el poeta se debate –“Vencido contra tí siempre en un ciego / y aciago sortilegio de gaviotas”–; grita –“¡Oh, Dios ingrato”, (“Luz”)–; clama –“Pero ¿dónde está Dios? ¡Ah, tan callado!” (“El silencio de Dios”)–, con una rotundidad léxica que contrasta llamativamente con la vuelta a esos “pájaros incendiados” que anuncian la “Visión preparatoria” de un dios deseado al que cuesta trabajo encontrar (p. 190). No han perdido brillo imaginístico estos poemas, pero es la palabra desnuda el instrumento reflejo del poder omnímodo de Dios –“¡Y tu palabra!”–. Como apuntamos más arriba, son poemas vivenciales, fuertemente arrebatados los más, con referente en una crisis espiritual confesada por su autor, aunque ¿qué importa al lector de estos poemas cuándo y por qué esta crisis existió?. Lo verdaderamente importante es la fuerza identificadora, la verdad con que la pasión se expone, lo que la hace no ya creíble, sino asumible por el lector.

En *Razón de la alegría* encontramos un petrarquesco cancionero de amor ¿biografía sentimental?. No nos engañe la dedicatoria que introduce el primero de ellos: no hay anécdotas, ni sucedidos, pero sí hay pasión y hay literatura. Se ha visto alterada de nuevo la retórica: sangre, crines al viento, amargo fuego, niebla, mirlos, palomas, gaviotas... seres en libertad, naturaleza abierta... son las claves léxicas creadoras de esa atmósfera poética de la que Gahete se sabe creador. Pero no se piense que con ello el autor se despide de su mundo anteriormente cantado: no se ha roto el cordón umbilical: el nombre, la palabra sigue siendo la clave que dé entrada al universo poético –“Mística”–.

También con otros hombres ha contraído el numen de Manuel –como gusta autoapelarse en sus versos– deuda de gratitud: son los que pueblan *Habitante del fuego*, símbolos de una estirpe abarcadora del mundo, mítica en su insignificancia o su grandeza, hombres que están ahí construyendo el marco e intratexto de esa historia que nos aborda: *El cristal y la llama*, cristal-crisol y fuego purificante. No podía faltar Góngora, maestro inexcusable; héroes y dioses le han servido igualmente de numen inspirador; padres, familia, amigos... para todos Gahete ha buscado la palabra encendida, el ritmo pertinente, con ellos cierra, por ahora, su obra, y, como dijimos al empezar, la pone en manos de sus lectores en una edición cuidada con gran mimo, que no pueda desmerecer al contenido de estos versos, gracias al ya ampliamente reconocido mecenazgo que Cajasur viene ejercitando con los temas y gentes de Córdoba: Antonio Ojeda ilustró sus páginas. A ellos y muy especialmente al autor Manuel Gahete, mi más expresiva felicitación.